

JOSÉ MARÍA BALCELLS, *Miguel Hernández: espejos americanos y poéticas taurinas*, Madrid, Devenir, 2012, 334 pp.

MARIO PAZ GONZÁLEZ
I.E.S. Astura

Viniendo a sumarse a la nueva y, en la mayor parte de los casos, luminosa bibliografía publicada a raíz del centenario del nacimiento de Miguel Hernández en 2010, encontramos este volumen del profesor José María Balcells que forma, junto con *Sujetado Rayo* publicado también por Devenir en 2009, un amplio recorrido por prácticamente todos los aspectos importantes de la vida y de la obra del escritor oriolano. Ahora bien, si aquel abarcaba de forma sucinta las diferentes etapas de la trayectoria del poeta, éste se centra con exclusividad en dos aspectos muy concretos de su producción no siempre estudiados con la profundidad que sería necesario. Nos referimos a la influencia en su vida y en su obra de destacadas figuras de la poesía hispanoamericana de finales del siglo XIX y principios del XX y a la presencia del mundo taurino en un buen número de sus composiciones. Sin embargo, es pre-

LECTURA Y SIGNO, 8 (2013), pp. 221-224

ciso aclararlo desde el principio, uno de los mayores méritos del estudio que aquí se comenta es el de que es posible leerlo no sólo como un trabajo académico al uso –que también– sino como una crónica, no por detallada carente de amenidad, de lo que fue la vida literaria española del primer tercio del siglo XX. De la mano del profesor Balcells, y siguiendo al poeta Miguel Hernández, nos internamos en el mundo de las tertulias literarias, los espectáculos teatrales, los recitales poéticos, los entresijos de la llamada fiesta nacional o la lucha durante la contienda civil, con la misma facilidad con que lo haríamos en una obra que novelase todo ese período y nos mostrase las vicisitudes y peripecias de aquellas personas a las que les tocó vivirlo.

Pese a la división ya comentada en dos núcleos temáticos, el libro se estructura en nueve capítulos a lo largo de los cuales se van mostrando los diversos aspectos estudiados de la obra hernandiana. Por ejemplo, la influencia del lenguaje modernista de Rubén, cuyas reminiscencias y musicalidad, así como algunas características métricas (alejandrinos, dodecasílabos, eneasílabos...), se palpan ya en las primeras composiciones del autor de *El rayo que no cesa*, algo que, según se nos dice, había señalado ya en su día Ramón Sijé al citar al nicaragüense como la cuarta influencia del oriolano, seguido de parnasianos y simbolistas, cuya inspiración, en muy buena medida, había llegado a la poesía española también a través del propio Darío.

Junto a ella estaría además la influencia del mejicano Amado Nervo, a quien se dedica un breve capítulo, así como a la del uruguayo Julio Herrera y Reissig, aunque en este caso con una presencia más tardía, llegada quizás a instancias de Pablo Neruda y, con bastante probabilidad, en torno a 1935, lo que explicaría el palpable influjo dejado en *El rayo que no cesa*, aspecto este que destaca el profesor Balcells.

Otra de las fuentes de inspiración literaria que se destacan en este estudio es la del bonaerense, hijo de españoles, Raúl González Muñón, cuyos poemas sobre los mineros de las cuencas asturianas habrían de resultar muy fructíferos para el oriolano. Pero, quizás, de un mayor interés resulta el largo capítulo dedicado a César Vallejo, pues aunque, como allí se destaca, “encontrar huellas del tipo que sea, pero concretas, de la poesía hernandiana en la del poeta de Perú se hace muy cuesta arriba, y lo mismo sucede en el supuesto inverso”, la comparación de la obra de ambos muestra una serie de llamativas semejanzas y “convergencias divergentes” en lo referido a temáticas o puntos de vista, lo que justifica sobradamente el ameno y original análisis.

Y algo similar podría decirse de los siguientes capítulos, dedicados a la amistad, ya no influencia literaria, entre Miguel Hernández y los cubanos Nicolás Guillén y Alejo Carpentier. De los encuentros con ambos se destaca el acaecido durante el *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas*, en 1937. O ya en París, cuando el oriolano va camino de la URSS y Carpentier lo lleva a los Estudios Foní-

ric a grabar su recitado de la “Canción del esposo soldado”. También en el terreno de la amistad, más que en el del parentesco literario, cabe englobar la relación de Hernández con el periodista portorriqueño Pablo de la Torriente Brau, con el que colaborará, ya durante la contienda, en diversos puntos del frente, pues fue de la Torriente “quien propuso, y por tanto puso, a Miguel Hernández en el cargo de determinadas responsabilidades culturales, y fue él también el que lo recomienda y lo vincula al Comisariado, ya en los primeros momentos, o un poco después”. El portorriqueño inspirará la “Elegía Segunda” incorporada a *Viento del pueblo*, así como el personaje del cubano en su pieza teatral *Pastor de la muerte*.

El primero de los capítulos dedicados a la presencia de lo taurino en la vida y en la obra de Miguel Hernández comienza con un sucinto, pero no por ello menos minucioso, estudio de la presencia de la tauromaquia en Orihuela, aspecto este importante, pero que no había tenido desarrollo en estudios anteriores, pese a remontarse documentalmente al último tercio del siglo XIV. En cualquier caso parece bastante probable que la afición le llegaría al poeta por cauces familiares y por el círculo de sus amigos más próximos, Ramón Sijé y Carlos Fenoll. La influencia del mundo taurino se palpa ya en su *Perito en lunas*, “donde son dos los poemas taurómacos insertos, los dedicados al toro y al torero”. Son, sin embargo, dos o tres más los poemas que podrían adscribirse a este ciclo y que tienen alguna influencia taurina, como la “Elegía media del toro”,

escrita en tercetos encadenados y leída por su autor a comienzos de 1933 en la Universidad Popular de Cartagena.

Por otra parte, la vinculación entre tauromaquia y teología estará muy presente en su auto de 1933 *Quién te ha visto...*, en el que se muestra la asociación del toro con el sexo entendido como pecaminoso. También la muerte de Ignacio Sánchez Mejías habría de servir a Miguel Hernández para crear dos textos literarios, la elegía “Citación-fatal” y su obra dramática *El torero más valiente*, de 1934, “una creación de gran relevancia para comprender el tránsito hacia otro universo poético hernandiano, pues atestigua y permite apreciar cómo el poeta va perfilando una de sus claves líricas más singularizadas: convertir al cornúpeta en «estandarte amoroso»”.

También la influencia de lo taurino, combinado en este caso con el eros, se muestra en *El silbo vulnerado*, cuyas fases poéticas conciernen a los años 1933 y 1935. A través del análisis de esta obra, escrita en buena medida reflejando algunos aspectos de su relación con su futura esposa Josefina Manresa, nos adentra José María Balcells en la relación de ésta con el mundo de los toros, su asistencia a las corridas celebradas en Orihuela y la mención de ellas que está presente en el epistolario de ambos. También se nos habla ahora de la colaboración del poeta con José María de Cossío en su vasta enciclopedia *Los toros*.

Serán varios los textos de temática taurina incluidos en *El rayo que no cesa*, en los que el toro “asoma, o irrumpe ampliamente, en distintos poemas desde la

perspectiva erótica, pero identificado con el padecer amoroso del hablante”, aunque esto último con algunas excepciones. Aunque en muchos de ellos no se percibe un uso expreso del léxico de la tauromaquia.

Es, sin embargo, en los poemas creados en el transcurso de la Guerra Civil donde el pretexto del toro cobra un cariz nuevo, por la “sustitución del factor genital por el político”. También ahora se percibe una diferencia en lo que a la presencia del buey se refiere, pues en clave bélica este animal sólo es mencionado explícitamente en una ocasión, aunque su figura se nos muestre de forma implícita en muchas otras composiciones, por ejemplo a través del yugo. Por ello, comprendemos que ahora el buey se muestra sometido, manso y sumiso, frente al toro que mantiene su perfil cargado de orgullo y virilidad. También el toro aparece en otras composiciones de 1937, pero como significación totémica, como en “España en ausencia” o en “Nacimiento de España”.

El conjunto de textos que integran el libro y que, en cuanto a la temática abor-

data se muestran en orden cronológico siguiendo la vida y la obra del poeta, destaca por la gran minuciosidad de datos con la que se abordan ambos aspectos, minuciosidad que permite al lector recrear vívidamente el ambiente de los años en que el oriolano escribió su obra. También debe hacerse especial mención a la originalidad en el enfoque –donde cabe destacar el capítulo dedicado a César Vallejo y Miguel Hernández–, tal como hemos apuntado al principio. El profesor Balcells es un gran conocedor del tema y ese dominio le permite manejarse con una soltura que allana el camino al lector. No estamos tanto ante un libro cargado de datos filológicos (aunque estos no falten), sino, como hemos señalado al principio, ante un ameno relato sobre una época concreta elaborado por un gran conocedor de la misma. Esta gran amenidad permite que, en numerosas ocasiones, se pueda leer el conjunto como una fidedigna crónica de la vida y la época de uno de los principales poetas que ha dado la literatura en lengua castellana a lo largo del siglo XX.